Siete Días de Destrucción y Creación

8ctavia

Capítulo 1

CAPÍTULO I:

"Pensamientos"

"En el primer día Dios creó la luz y la separó de las tinieblas. Dios vio que la luz era buena y así concluyo el primer día. A la luz llamó día y a la oscuridad noche". (Génesis 1:3-5)

Hay cuestiones que indudablemente fueron escritas antes siquiera de existir, por ejemplo, la creación del mundo. He de confesar que encuentro maravilloso todo lo que habita en este mundo, desde el trabajo de las pequeñas hormigas hasta el nefasto egoísmo que casi las tres cuartas partes del mundo practica...

El mundo avanza tan rápido que en un segundo de tanta vuelta me he perdido y no he sabido como volver a aquel punto y al no saber como volver trágicamente he enfocado mi vida a ayudar a los demás...quizás es un asunto de hipocresía, quizas estoy buscando salvar al resto, pero soy muy consciente de lo que soy...soy joven, testaruda, soy humana, soy débil y sobre todo no soy ningún superhéroe. Sólo tengo dos manos y un cerebro de mi lado, desde el día cero de mi nacimiento.

.

.

.

—¿Paula?—Agudizó su sentido para escuchar y respondió.

—¿Sí?

—¡Estoy hablandote desde hace diez minutos! ¿Puedo saber porque demonios has roto el foco? Mi padre va ha ponerse furioso...

—Porque es el día 1...¿Qué acaso no te lo había dicho antes Ana?—La miró incrédula

—¿No me digas que estás fumando?

—¿Qué? No—Negó varias veces con la cabeza—Al final desistí de ello, sabes las cosas están complicadas en casa, no quiero ser un problema.

—¿Y que hay de mi foco?

—¡Ah, eso! Bueno, Génesis relata que Dios creó la luz sobre las tinieblas...

—Sabes que, no me lo expliques, mejor te llevo a casa.

—¿Compramos hamburguesas?— pudo ver la cara molesta de Ana—Es que tengo hambre.

—Sí claro, camina porque sino te golpeo y creo la luz en tu cerebro—Salieron de la habitación,caminaron por el largo pasadizo, hasta chocar con la sala, donde escucharon el bullicio de la televisión encendida.

—¿A dónde van?

—Voy a dejar a Paula a casa

—¿Pasó algo? Escuché un pequeño alboroto en tu cuarto.

Ana balbuceó algo inentendible y el hombre desactivó el audio de la televisión—Nada papá, es que el foco explotó y nos asustamos...

—¿Explotó?

—Eh, si. Ya regreso—dijo Ana escapandose del posible interrogatorio de su padre.

—Hasta Luego Señor Mendoza—Se despidió rápidamente Paula. Salieron de la casa, Ana sudaba gotas frías, se recostó en la puerta suspirando, luego observó a su amiga, la escaneó de arriba hacia abajo.

—¿Qué? ¿También tienes hambre?

—Vamos Paula—dijo suspirando—Quiero entenderte pero a a veces no puedo—Su amiga solo le devolvió la mirada y sonrió un poco. La había coonocido hace casi dos años. Era la típica niña tímida de 17 años que hace todo lo que sus padres le dicen, saca buenas notas, tiene una vida relativamente sencilla, dos hermanos, era extraña, le gustaba cortarse el cabello muy pequeño, siempre llevaba vestidos, sólo comía cereales los días martes y el día podía variar en los años bisiestos, tenía un "pequeño perro" llamado Pedro, era extremadamente católica y por alguna razón extraña eran amigas. Lo más reciente en sus vidas era al parecer que Paula, estaba experimentando una especie de etapa de rebeldía tardía.

Hace menos de dos semanas se había aventurado a visitar una de las partes más desoladas de la ciudad a "buscar personas reales que le describieran el mundo real", dos días después había accedido a dejarse maquillar, un día más tarde casi obligó a Manuel Jimenez a salir con ella y este pensó que sería buena idea enseñarle a fumar yerba y lo hizo, al menos eso pensó ella, hasta que por fin hoy le confirmó lo contrario. Era cierto que su amiga era incierta, pero Paula parecía haber creado algún contrato imaginario de la amistad con una clausula expecífica que la ataba a no decirle ninguna mentira por estúpida o pequeña que fuera. Y eso creaba en ella ciertos sentimientos de paz inexplicables.

Cuando pagó las hamburguesas la vio dar el primer bocado, parecía hambrienta, lo que la hacía pensar *"por eso ha roto el foco"* , había circunstancias donde el hambre nos hace volver locos. Rió de su propio pensamiento

—Gracias Ana...

—Ni lo digas—Tembló ante una fuerte brisa que penetró hasta sus huesos.

—¿Parece que el invierno llega con fuerza no?—Comentó el hombre que preparó sus hamburguesas anteriormente.

—Así parece—respondió Ana. Pronto se encendieron los faroles iluminando la llegada de la noche, se despidió del hombre y ambas emprendieron su viaje en dirección a la casa de Paula.

—Oye Paula

—¿Qué sucede?

—¿Si yo algún día me voy de este mundo me extrañarías?

—Eres mi única amiga. Claro que te extrañaría.

—No sé, siempre he tenido esa sensación

—¿A qué te refieres?

—No, nada. Son solo mis locas ideas—La observó sonriendo.

—Ana. Gracias por la hamburguesa—Le dijo cuando llegaron a la puerta de su casa. Entonces salió la joven Señora Campos—Adiós—dijo entrando a la casa.

—Hey Ana—saludó la señora—¿Cómo has estado?

—Hola Señora Campos, Bien, no me quejo ¿y usted?

—Aquí con las cosas de la casa—Ana se quedó muda y miró en todas las direcciones.

—No se ofenda Señora Campos, pero Paula anda un poco extraña— Pudo ver el desconcierto en el rostro de la mujer—Como amiga de su hija me gustaría decirle que la observe bien. Yo de verdad la aprecio y por ese motivo le estoy contando esto.

—¿A qué te refieres con extraña?

Titubeó unos segundos, se tapó la cara e inspiró fuertemente—Hoy, cuando estabamos haciendo la tarea de Historia, parecía un poco alterada, no sé. Ella es algo nerviosa,lo sé, pero en esta oportunidad tomó y tiró uno de mis zapatos con tal fuerza que destrozó el foco de mi cuarto.

—¿Qué?—El rostro de la mujer se deformó—¿Pero porque?

—Dijo algo extraño sobre el día uno y citó la biblia, para ser exactos Génesis.

—¡Santo Cielo! ¡voy a matarla!

—¡No!—Se apresuró en responder Ana—Yo entiendo. He estado leyendo algunos artículos científicos y todo parece indicar que Paula está estresada, ya sabe por lo de su Abuelo y además, bueno...

—¿Además qué? ¡Ana, prosigue!

—Es que—se rascó la cabeza—Paula ha sido criada en un hogar católico y muy estricto. ¡No estoy en contra de eso! pero creo que quiere experimentar cosas nuevas. No sé como explicarlo. Está algo rebelde, pero lo que quiero decir, es algo normal, solo me asusta que se haga daño.

—No comparto tu idea respecto a su crianza.Lo de mi padre es más lógico, pero de todas formas agradezco tu preocupación , seré más cuidadosa y "le daré algo de espacio", quizas tengas razón.

—Claro. Ya me voy, es algo tarde y papá puede preocuparse—La joven mujer sonrió.

—Claro, Ana. Gracias por todo, cuídate.

—Sí, hasta luego Señora—Se dio media vuelta y percibió como ya había anochecido, al parecer había demorado más de lo esperaba. Tenía en casa a un padre que aún quería discutir cosas con ella, no había preparado la cena y su madre llegaría furiosa. No importaba cuanto le explicara a su madre sobre lo sucedido hoy con Paula simplemente le diría que dejara de meter las narices en donde no le incumbe y se dedique a hacer los quehaceres con los cuales se había comprometido a fin de ayudar un poco en casa. Pero seguía pensando en el incidente sucedido esta tarde con su mejor amiga, ella de verdad estaba algo asustada, Paula normalmente hacía cosas raras, pero esta vez había superado su imaginación. Aún mantenía la esperanza de que mañana sería un nuevo día, olvidaría aquel episodio y vería en clases a su preciada amiga, quien volvería a la normalidad de su extraña forma de ser y en c0nsecuencia todos los días serían tan iguales como siempre lo habían sido desde que se habían conocido...

Todo tenía que ser como antes...así dentro de siete días más podrían acabar la escuela, para empezar la universidad. Y, aunque no fueran a ir a la misma, estaba tan emocionada como el primer día cuando por fin entró al salón de quinto año, se sentía toda una veterana de la escuela secundaria, sentía el respeto de los estudiantes que se encontraban en grados menores a los de ella, sentía el respeto de sus profesores quienes a lo largo de todos estos años habían despositado todo, algo o nada de sus conocimientos en todos aquellos estudiantes que en siete días serían ex-alumnos.

Miró una vez más el cielo, suspirando, se sentía tan grande y tan pequeña al mismo tiempo, que tendría que inventar una nueva deifinición para ese sentimiento. Si Shakespeare lo había hecho unas tantas veces ¿porqué ella no? Era una nueva vida, un nuevo comienzo, otros seis días más...

Capítulo 2

CAPÍTULO 2:

"Bajo la lluvia, el cielo y el mar"

«Quiero que haya entre las aguas algo firme que las separe". Y al instante se hizo así! Dios puso algo firme entre las aguas, y la mitad de las aguas quedó abajo y la otra mitad quedó arriba. Al ver la belleza del firmamento, Dios le puso por nombre «cielo". Y cayó la noche, y llegó la mañana. Ése fue el segundo día.

—Llueve a cántaros—dijo mirando por la ventana.

—Es apenas una garúa Paula

—¡Pero si las gotas son enormes!—Ana se golpeó la frente

—Alguien necesita unos anteojos grandes.

—Me parece que eres tú

—Yo creo que no...

—¡Yo creo que sí!

—¡Sí!

—¡No!

—¡Sí!

—¡No!

—¡Ya Paula!—Ana golpeó la carpeta—¿Qué acaso eres ciega? ¡Si apenas llueve!—El resto del salón se le quedó mirando. Paula la vio y se sentó en silencio. Ana no pudo comprender aquella acción ni porque el resto de sus compañeros se reía, solo se sentó y esperó a que el receso terminara. Así trascurrió el día, Paula no dijo ninguna palabra al respecto. "¿Pero qué le pasa? seguro se ha enojado. No entiendo porque es tan terca ¿cómo va a decir que está lloviendo a cantaros si apenas se notan las benditas gotas? Seguro está molesta, y me imagino que ya estará pensando en desquitarse conmigo. ¡Oh esa Paula! y de repente ni me acompaña el sábado a visitar a mis tíos. ¡No puedo creerlo! Sabe que odio ir allá, en especial porque mi tío tiene <<formas extrañas de decirme que me

quiere>> No puedo creerlo Paula somos amigas desde hace tiempo"

Volteó molesta su cara buscando la mirada de su amiga. Paula volteó unos segundos después y sintió la penetrante mirada de su amiga, le sostuvo la mirada y la desvió cuando el profesor continuó dando la explicación de un teorema. Eso solo puso más furiosa a Ana. Por lo que al terminar clases se levantó de la carpeta y echó una mirada de reojo al lugar de Paula, algunos de sus compañeros comenzaron a reírse, por lo que tomó con furia sus cosas y salió del aula, casi corriendo y al salir de la escuela sintió un balde de agua fría sobre la cabeza literalmente, miró hacia el cielo, aún nublado y en la tercera planta vio a dos chicos reírse a carcajadas.

—¡Llueve a cántaros!—dijo uno y pronto desaparecieron. Segundos después llegó Paula.

—¿Debería reírme?—preguntó con seriedad.

—¡Ana estás toda mojada! ¿Porque no tomaste un paraguas?

—¿Paraguas? ¡No molestes, no habría sido necesario si tus amigos no me hubieran tirado el balde!

—¿El balde? ¿Qué balde? Si llueve a cántaros

—¡Paula no te hagas la tonta!—gritó furiosa.

—<<Quiero que haya entre las aguas algo firme que las separe>>—dijo Paula, mirándola fijamente

—¿Qué?

—Está en génesis, Dios se refería al cielo, por eso existe el cielo y el mar. Pero hoy llueve tanto que no existe tal diferencia.

—Quisiera entenderte—dijo mirándola—Pero no puedo—Ella solo rió y echó a correr tomándola de la mano— ¿A dónde vamos?

— ¡Lejos!

—Pero Paula...—No la dejó decir nada más, corrieron tan rápido como se lo permitieron sus piernas, corrieron como si huyeran de todos, del mundo, de ellas mismas, corrieron sin pensar, ni sentir ni mirar, solo corrieron, respirando y botando la vida por el aliento, mojándose el alma, chocando con el pavimento, perdiendo el equilibrio de sus cuerpos y de su esencia.

Y cuando por fin se detuvieron, Ana sintió la fuerza de la lluvia sobre su ser. Como si derepente se hubiera transportado de un mundo a otro,

sintió vertigo y una desorientación poco común en ella, por lo que solo pudo musitar—¡Llueve a cántaros!— miró el suelo lleno de agua, el cielo completamente gris allá en lo alto, con tantas nubes que en cualquier momento estas se estrellarían contra el suelo, luego visualizó a Paula.

—¡Bailemos! —Propuso Paula

—¿Ahora?

—¡Sí!

—¡No!

—¿Por qué no?

—¿Por qué vamos a bailar?

—No lo sé. ¡Por nuestra amistad, por el mundo!, ¡porque llueve a cántaros!— dijo Paula alzando sus brazos mientras miraba la inmensidad del cielo.

—Bien—suspiró nada convencida Ana. Y bailaron, dando vueltas y en ellas volviendo abstracto el mundo, que giraba combinando los colores del paisaje volviéndolos masa. Bailaron hasta que cayeron al suelo por falta de equilibrio, mientras la risa histérica de Paula se escuchaba por entre las gotas de lluvia.

—¡Cállate Paula que me ha dolido horrores!

—¡Cállate Ana, arréglate el vestido y sigamos bailando!

—¿Vestido? Pero si hoy me puse el uniforme—Miró incrédula sus ropas y vio en ellas su uniforme. Volteó a mirar a Paula que se había erguido sobre sus piernas e intentaba bailar.

—Señorita mejor amiga ¿Me permite bailar otra pieza con usted?

—¿Pero qué demonios pasa contigo Paula?

—¡Bailemos!

—¡No tengo puesto ningún maldito vestido, solo el uniforme

—Avanza antes de que cese la lluvia…

—Primero la lluvia, luego el balde y ahora el uniforme

—¡Ana deja de pensar! —Gritó Paula—Te obsesionas con una idea y te vuelves loca. ¡Solo quiero bailar! —Ana contuvo el aliento, miró hacia el suelo y vio cuanto había llovido, veía su reflejo en el agua y en ella el vestido verde con motivos florales.

—¿Qué? —se dijo para ella misma, mientras miraba su reflejo y el vestido.

—Todo está en la mente…

—¿En la mente?

—Sí. Todo está en tu mente, pero debes relajarte ¿sí? —Le miró angustiada—Relájate

—No puedo Paula, no entiendo que es lo que está pasando.

—Calma…deja que todo dure. Por corto o confuso que sea.

—Llueve a cántaros—Ana tragó saliva— ¿Era cierto?

— ¡Sí!

— ¿Y dónde estamos?

—No sé, yo sólo te seguí.

—Paula. ¿No será otra de tus locuras?

Ella levantó la mano a la altura de su cara, infló los cachetes y respondió—¡No, segura que no! —Ana suspiró profundamente.

—Bueno entonces bailemos, porque el cielo y el mar se han hecho uno…

Capítulo 3

CAPÍTULO 3:

"Lejos de laTierra"

“Entonces dijo Dios: Júntense en un lugar las aguas que están debajo de los cielos, y que aparezca lo seco. Y fue así. Y llamó Dios a lo seco tierra, y al conjunto de las aguas llamó mares. Y vio Dios que era bueno.Y dijo Dios: Produzca la tierra vegetación: hierbas que den semilla, y árboles frutales que den fruto sobre la tierra según su género, con su semilla en él. Y fue así....”

—¡Niñas que tanto hacen en la arena!

—¡Mami, Ana me ha metido tierra en los ojos! —dijo Paula haciendo un puchero y comenzando a llorar, Ana miró a la joven señora Campos y luego miró a Paula disfrazada de princesa y todo se volvió confuso.

—¡Ana! ¿Por qué has hecho eso cariño? —dijo la señora limpiándole los ojos a Paula.

—¿No, qué? Paula eres una niña…¿y la lluvia y mi vestido? ¡Está lloviendo a cántaros!

—¿Ana? ¿De qué hablas? Hace un día estupendo y te has puesto short porque querías ser el pirata que raptaba a la princesa ¿Te has cansado ya y quieres ser una princesa?

—¿Qué? No—dijo Ana confusa—Yo quiero ser grande ¿y el colegio? No puedo quedarme a jugar, tengo que ir, dentro de unos días voy a graduarme.

—Pero querida si estás en tercer grado para eso falta mucho—La señora Campos mostró una gran preocupación en su rostro—¿Te sientes bien Anita?

—¿Por qué soy una niñita? ¿Mamá? ¿Papá? No entiendo—miraba a todos lados con desesperación buscando algo que la llevara lejos de esta realidad que no era la suya. Estaba atrapada en el cuerpo de un infante y lo peor es que todos creían que era una. La señora Campos se asustó e intentó acercarse lentamente, pero Ana comenzaba a alterarse, sudaba a chorros, sus músculos se tensaron, su nerviosismo era palpable y el miedo en sus ojos se reflejó en las pupilas de la joven mujer, por lo que detuvo

su acción.

—¿Anita Cálmate si? —dijo mostrándole las palmas de sus manos.

—¡No! —gritó ella

—¿No?

—¡No, esto no está bien! —Gritó la chiquilla—¡No soy una niña! ¡No me trate como una! ¡Paula dile que dentro de cuatro días vamos a graduarnos! —Miró con desesperación a Paula y ella se quedó de piedra—¡Dile!

—¡Ana! —La señora Campos se abalanzó contra la niña y la atrapó entre sus brazos, Ana soltó un gritó tremendo y en un intento de huir mordió furibunda a la mujer, quien acto seguido la soltó, entonces la niña salió corriendo a todo lo que le daban sus jóvenes piernas.

—¿Paula que ha pasado?

—Se ha salido gritando a todo pulmón.

—¿Por qué?

—Es mi culpa señor Mendoza—Admitió la señora Campos—La he tratado como una niña—El señor Mendoza la miró incitándola a que siga hablando—¡Iba camino al centro y las he encontrado a las dos bailando en vestiditos bajo la infernal lluvia del cambio de estación!

—¿Bailando, dice? —La señora Campos abrió los ojos e hizo un gesto mostrándole su incredulidad y miró a su hija.

—Fue algo espontáneo—aseguró Paula bajando la cabeza.

—¿Pero cómo se les ocurre? —La señora Campos volvió a perder la calma—sigue lloviendo a cántaros, quizás no las encontremos—Eso generó frustración en el rostro del señor Mendoza que ya no sabía que decir o preguntar—¡Ya te he dicho cientos de veces que debes de ser un poco más inteligente y pensar antes de hacer tonterías! ¡Ves lo que ha pasado Ana se ha perdido!

—No se ha perdido—dijo bajando la cabeza Paula, luego miró se reojo a su madre reprochándola con la mirada, le murmuró bajito—deja de asustar a su papá.

—¿Hace que tiempo ha ido?—Paula se rascó la cabeza con frustración y no

se atrevió ni a mirarlo.

—Hace una hora—aseveró la madre de la joven—Ya informamos a la policía, sin embargo, aquí estamos—dijo ella intentando no agravar más la situación.

—¿Una hora? —dijo el hombre quedándose sin aliento y vaciando la chispa de vida que tenía por sus pupilas. Suspiró lentamente, se mordió el labio y miró el techo de la habitación—No entiendo, pero si ella estaba tranquila. ¿Qué ha sucedido?

—Estamos perdiendo el tiempo buscándole causas sin sentido, mejor busquémosla, porque el tiempo sigue corriendo—dijo Paula antes de intentar salir corriendo, idea y acción que su madre frustró jaloneándola del vestido.

—¿Y tú qué?

—¿Yo qué?

—¡Desde que llegaste a la casa no te has cambiado esas ropas mugrosas y mojadas! ¡Vaya a cambiarse antes de que conozcas lo que es bueno! —Paula subió corriendo las escaleras en dirección a su cuarto.

—Paula tiene razón, con permiso Claudia, gracias por avisarme y a la policía también. Voy a buscar a mi hija.

—No te preocupes, van a encontrarla.

—Eso espero…—Alejandro Mendoza salió de la pequeña casa con pasos pesados, por cada vez que asentaba el pie sentía hacerse bajo de él un socavón gigante, tragó saliva mirando las calles empapadas por el agua, la gente corriendo de un lado a otro— ¿Ana dónde estás?

Dio un paso más sin ganas de caminar, no sabía si estaba lloviendo o si eran sus lágrimas, de las cuales ya había perdido la cuenta. Sentía calor, odio, peor aún era fastidioso tener que ver a todos desde abajo. Miró hacia la luna de una tienda…vio su reflejo de niña, había olvidado por completo que en ese entonces su cabello era exageradamente largo, le estorbaba pero no quería cortárselo porque a su mamá le encantaba.

Se acercó más al cristal que reflejaba una realidad ajena, de pronto una idea extraña cruzó sus pensamientos. ¿Si era una niñita de nuevo? ¿Eso significaba que su mamá estaba en casa? Es decir sonaba lógicamente ilógico pero ¿Qué podía perder? Llevaba ya mucho rato en este cuerpo y caminaba sin rumbo por toda la cuidad esperando que el espejismo

desapareciera. Miró con atención sus ojos marrones, saltones e inocentes propios de aquella edad, su corazón bombeó con fuerza increíble, casi doliéndole, rápidamente echó a correr.

Un sinnúmero de imágenes regresaron,pasaban por sus ojos que recordaban cada vez mejor a su madre, se había ido, pero no por eso ella dejaría de sentir que al llegar a casa ella podría reñirla si no había desayunado, si había olvidado regar las flores, si no saludó a su padre, si no lavó la ropa, si olvidó limpiar. Así que no estaba muerta "¿Entonces porque no está?" pensó Ana, La veo todos los días aunque el mundo insista en que ha muerto. Abrió la puerta con cautela, ella estaba sentada con sus lentes negros leyendo uno de esos libros que tanto amaba.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a verte—Ella pareció no entender—No huyas, porque llevo años queriendo verte de nuevo aunque todos insistan en darte por muerta.

—¿Huir? ¿Muerta yo?

—Sí, sabes a veces creo que estoy volviéndome loca, te he estado buscando y he fracasado—La mujer se quitó las gafas, parecía muy confundida—Mamá—dijo soltando algunas lágrimas—¿Has estado huyendo de mí? Dímelo por favor, te juro que si dices que sí, no volveré a molestarte más—hubo silencio en la habitación—¿Mamá? Porque estás tan callada—comenzó a tocar sus manos de manera extraña—Mi papá me dijo que habías muerto, pero ¿Te suicidaste verdad?—el temblor en sus manos comenzó a pronunciarse cada vez más.

La joven mujer se levantó de su lugar, mostrándole sus palmas—¡tranquilízate! ¡Por favor!— pero ella no pareció escuchar nada.

—¿Fue por mí verdad?—En su boca se formó un puchero—¡Te mataste por mi culpa!

—¡No, claro que no!

—¡Sí!—dijo ella con rabia—¿Me odiabas cierto?

—No, Ana, claro que no. ¿Cómo iba a odiarte?

—¿Entonces porque?—gritó ella.

—¡Cálmate por favor!

—¡No! ¡No quiero calmarme nunca más ¡Todo el mundo me dice lo mismo

desde que te mataste y ahora es mi culpa!

—¿Pero cómo va a ser tu culpa?

—¡Sí, le dijiste a todos que era mi culpa cierto!—comenzó a dar pasos en su dirección con la miraba clavada en la figura de la mujer, sus pupilas estaban tan dilatadas, sus ojos tan abiertos—¡Hija de perra! Sólo tenía ocho años.

—¡Ana! —Volteó furibunda encontrándose con Paula—¿Pero qué has hecho? —se acercó con cautela a su amiga revisando sus brazos llenos de sangre.

—Yo…¿dónde está mamá?

—¿De qué hablas Ana? ¡Estás sangrando, vámonos! —Pero ella pareció no escucharla, giró la cabeza hacia donde unos segundos atrás estaba su madre pero solo estaba el vidrio roto, respiró agitadamente, nuevamente fue consciente de todo: del dolor en sus brazos, la lluvia que no cesaba, su angustia por saber que estaba sucediendo y la Paula que intentaba evitar que saliera más sangre—¿Qué estabas haciendo?

—No tengo idea, últimamente no tengo idea de nada—Paula le cubrió con el abrigo que tenía, la abrazó y acomodó el paraguas para que ninguna de las dos se mojara. Caminaron sin decir nada en dirección a la casa de Ana, quien se mantenía callada, de rato en rato Paula decidía echarle una mirada, la expresión de su amiga era como nunca antes…carente de vida, perdida en algún lugar del mundo en el que al parecer ella no podía ingresar, entonces se sentía impotente.

—¿Ana? —Se atrevió a hablar—¡Eh! ¿Por qué me miras así?

—Otra vez—susurró Ana, a través de sus ojos la figura de Paula se volvió pequeña, con esos cachetotes tan característicos de de una niña

—¿Ana? —Y esa voz tan fina y chillona. Vértigo, mientras iba mirándola, los pensamientos se aglutinaban en su cabeza, como queriendo salir, pensar en esas condiciones era sumamente difícil—¡Ana! —Y ella volvió en si

—Paula…

—Dame tu mano—Y ella fue obediente ante su petición—¿Somos amigas no?

—Sí, de toda la vida ¿Por qué?

—No, por nada. ¿Tienes hambre?

—Algo

—Camina pues mamacita—Ana sonrió un poco

—¿Mañana hay clases de Literatura no? —preguntó Ana, Paula la miraba de reojo a cada paso que daban.

—Sí

—¿Hiciste el informe?

—Me falta corregir algunas cosas…

—Oye mi mamá está libre esta noche, ella es escritora profesional sabes, podemos decirle que nos ayude…—Tensó los músculos de todo su cuerpo, aceleró un poco el paso, contuvo las lágrimas que de todas formas ya se habían escapado uniéndose a las gotas de lluvia en su rostro—¿Paula?

—Claro Ana—dijo cuando llegaron a casa—Entonces Dios creo la tierra seca y de ella salieron frutos...

Capítulo 4

CAPÍTULO 4:

"La verdad de las luces parte "

"Entonces Dios dijo: Que aparezcan luces en el cielo para separar el día de la noche; que sean señales para que marquen las estaciones, los días y los años. Que esas luces en el cielo brillen sobre la tierra”; y eso fue lo que sucedió."

En sus ojos se posaron los días, las noches, las semanas e Incluso las estrellas fugaces de sus sueños de niña y de niña grande. Miraba el techo que aparentemente había desaparecido para darle una vista magnífica del mismo universo.

—Bueno, está estable, un poco afiebrada por haber estado correteando en medio de la lluvia, pero nada más.

—Entiendo. Pero ¿entonces a que se debe todo esto?

— ¿Ha tomado su medicina?

—Si, por supuesto.

—Eh…Señor Mendoza déjeme decirle que está enfermedad es así, existen recaídas, a veces fuertes. Por eso es importante que su hija se medique y tenga en cuenta que aunque ella diga que ha tomado una pastilla, no significa que sea cierto, este tipo de personas se alejan poco a poco de la realidad y se vuelven inadaptadas. Este cuadro es sobre todo peligroso porque se ha manifestado a una edad temprana.

— ¿Este tipo de personas?

—Si

—Mi hija no es un tipo de persona—contestó molesto, suspiró y se levantó del lugar donde estaba—Mire yo no creo que usted sea el más indicado para decirme que o no hago bien con mi hija. ¡Sólo haga su maldito trabajo para que ella no se vaya! —Él médico lo miró confuso y sin saber muy bien que hacer comenzó a guardar sus instrumentos dentro de su maletín—Conozco bien el mal que ella padece

—Créame que no fue mi intención molestarlo. Sólo cumpla lo dicho, que tome su medicina y que visite a un especialista.

—Lo haré—dijo aún disgustado—Todos nos preocupamos por el bienestar de Ana—Al finalizar la oración el médico ya se había retirado de la sala, dejando al Señor Mendoza sumergido en sus pensamientos.

FlashBack

—Hay cosas que simplemente suceden amor…

—Sí, pero no me dijiste que estabas embarazada. Estoy asustado

—No te preocupes, será una niña saludable. Este mundo caerá rendido a sus pies.

— ¿Cómo estás tan segura de eso?

—Porque cuando me enteré ella me lo dijo

— ¿Ella?

—Si…Ana, me dijo que todo estaría bien."

Fin del flashback

Mirando la palidez de su hija susurraba aquella última oración que su esposa le pronunció para calmar los inevitables nervios aquella vez cuando se encontraban solos tarareando canciones para Ana.

¿Qué había hecho para merecer todo esto? No lo sabía, sus ideas rebotaban incontrolables dentro de su cabeza, además parecían ser tantas que pronto la habitación no tendría más espacio por lo que moriría asfixiado en ellas.

—¿Papá?

—¿Sí?

—¿Estás triste por mi culpa?

—No cariño, claro que no

—Tu cara parece triste.

—No, Ana. Sólo he estado preocupado por ti ¿Dime por qué has estado corriendo bajo la lluvia?

—Fue idea de Paula, no me di cuenta hasta que se mojó el vestido.

—Ya veo.

—¿Estás molesto?

—No querida.

—¿Y Paula?

—Está abajo, llegó hace un rato mientras dormías…

—¿Puedes decirle que pase por favor?

—Si mi amor—La miró tomando su mano—Dime la verdad—miró sus ojos grandes y redondos que le respondían con curiosidad—A veces no puedo estar contigo, mi trabajo me aleja de ti, yo te creo cielo, pero ¿Has estado tomando tu medicina? —Ana sonrió tranquilamente.

—Sí, papá, claro que la he estado tomando. ¿Por qué preguntas?

—No por nada.

—Puedes comprobarlo por ti mismo, revisando el blíster.

—Sí, ya lo revisaré—Soltó la mano de su hija con un suspiro, caminó hasta el umbral de la puerta donde se detuvo por un instante—Ahora mismo llamo a Paula.

—Gracias—Se despidió con una sonrisa, desapareció de su vista, ella en ningún momento despegó la vista de la puerta hasta que poco después apareció en esta la figura delgada de su gran amiga, quien traía en su rostro una mirada perdida, ingreso con timidez en la habitación, se fue acercando lentamente hasta llegar a la cama donde se encontraba ella.

—¿Cómo estás?

—Mejor

—¿Ana? —La aludida escupió ante sus ojos una píldora de color verde.

—Es la dosis de hoy, el doctor me la dio hace un momento…

—Pensé que la habías tomado.

—Con ese medicamento van a matarme, primero mi mamá y ahora yo.

—¿Te ha preguntado algo?

—Sí, creo que sospecha y por eso ha traído al médico ese.

—Ana debes tener cuidado. Por favor, toma tus medicinas...

—Lo sé Paula—Unas lágrimas se posaron sobre sus ojos—Es mi padre ¿Cómo es posible que quiera matarme?

—Debes perdonarlo Ana, Dios es tan grande que sólo él puede perdonar.

—Pero si no se detendrá hasta matarme ¿Y si no quiero perdonarlo?

—Lo harás aunque no quieras. Porque Dios es el único que curará tu dolor —Ana suspiró fuertemente. Su mirada incierta chocó con la luz de los faroles en la calle que se veían desde su ventana.

—¿Ana? —No hubo contestación. Volvió a llamarla, sin embargo el resultado fue el mismo—La tapó con las frazadas, hacia algo de frío, el cielo aunque oscuro estaba nublado, la contempló unos instantes, luego rezó algo para ella para, al finalizar se retiró de la habitación, llegó a la sala en donde se encontraban su hermano y el señor Mendoza hablando.

—Se ha quedado dormida—dijo poniéndole pausa a la conversación de ambos hombres.

—Es mejor, ha sido un día cansado para ella—dijo el Señor Mendoza.

—Me imagino—El joven miró a Paula—¡Vámonos ya es algo tarde!

—¡Quiero quedarme!—dijo ella y él le echó una mirada con reproche.

—¡Paula! ¿Qué cosas dices? Ana está en su casa y su padre la cuida.

—No te preocupes Walter, puede quedarse si así lo desea, entiendo que son grandes amigas, además Paula ha sido una de las personas que siempre ha estado con mi hija y la ha apoyado en todo momento.

—No, no Señor Mendoza, esta niña es una imprudente. Ana necesita descansar, ya la veo yo despertándola a media noche para hablarle tonterías. No se preocupe—La miró severamente—Si desea hacerle compañía, vendrá mañana después de clases para estar con ella ¿Verdad Paula?

—Sí hermano. Hasta luego Señor Mendoza.

—Hasta luego Paula, gracias por todo.

Capítulo 5

CAPÍTULO 5:

"La soledad"

Entonces dijo Dios: "Produzcan las aguas innumerables seres vivientes, y haya aves que vuelen sobre la tierra, en la Bóveda del cielo. Y Creó Dios los grandes animales Acuáticos, todos los seres vivientes que se desplazan y que las aguas produjeron, Según su especie, y toda ave alada Según su especie. Vio Dios que esto era bueno, y los bendijo Dios diciendo: Sed fecundos y multiplicaos. Llenad las aguas de los mares; y Multiplíquense las aves en la tierra. Y fue la tarde y fue la mañana del quinto Día"

La soledad se sentó junto ella, paralelamente tejía en una esquina del cuarto, entonces mientras miraba perdidamente en algún momento pasado, olvidó a Dios y todas las veces que lo conoció a través de Paula. Últimamente había perdido conciencia de quien era realmente, no sabía los días, ni las horas, mucho menos reconocía ya las caras de las personas que se acercaban a ella.

—¿Qué sucede? —preguntó la mujer quien seguía en su ardua labor tejedora.

—¿No te ha pasado que olvidas quién eres?

—Qué extraño—Sonrió para Ana—Las personas a mi lado suelen decir lo contrario—La mirada que le ofreció en respuesta le exigió que continuara hablando—Hay mucho que pensar cuando se está solo, sobre todo de uno mismo.

—Es que no siempre logro estar lúcida

La mujer rió de manera extraña, en ningún momento detuvo su tarea mientras hablaba con ella. Se preguntó así misma ¿Qué sería de ella? ¿Cómo estaría su papá? No era momento de enfermarse pues en este mundo solo eran él y ella, juntos desde aquel fatídico día en que su madre por causas naturales había muerto. En ese instante frente a sus ojos pasó un ave que dejó en su estela un recuerdo de los más viejos, cuando tenía aproximadamente cuatro o cinco años y su madre peinaba mimosamente su cabello, insertándole diversos ganchitos que habían comprado horas antes por un capricho fugaz de peinarla. Le explicaba cosas de la vida que se suponía algún día entendería, sin querer se pasaron los años hasta en

ese momento en que sentía que parecía entender menos que antes.

Su madre había callado muchos instantes donde seguramente sintió que el mundo se le venía encima, o quizás se perdía sin querer y los olvidaba en algún lugar de la casa, como justo ahora le pasaba a ella, no sabía exactamente donde había conversado por última vez con su padre, le daba terror bajar esa cama donde estaba porque sentía que podía caer. Sabía de sobra que el tratamiento no estaba funcionando, sabía también que pese a sus intentos por demostrar lo contrario ahora se había perdido ella misma. Parecía que alguien había invadido su cuerpo, actuando deliberadamente, hablando cosas que ella no podía recordar porque su doble echaba con llave los últimos episodios de su vida.

—¿Ana? —su papá entró a la habitación. Una lágrima inmensa salió de su ojo izquierdo—¿Qué pasa mi amor porque lloras?

—Papi, no soy yo. Es ella quien ha estado aquí.

—¿Ella? ¿Quién ella?

—La otra Ana—Lo tomó de ambas manos—La que se viste, habla y se porta casi como yo. ¿Qué te ha dicho? —El hombre la miró confundido, intentó ocultar su preocupación serenamente.

—Nada querida, no te preocupes "la otra Ana" no ha causado problemas.

—¿De verdad?

—Si

—¿Estás seguro? —dijo sollozando—Porque no me siento bien, hay cosas que simplemente no recuerdo

Se quedó enfrentando su mirada llorosa. La abrazó "está volviendo a pasar" pensó, definitivamente era como su esposa, el reciente pensamiento instalado en su cabeza le dejó un sabor amargo en los nervios, tampoco estaba seguro de si esto les llevaría años o un día jueves como hace muchos donde todo terminaría dramáticamente, igual que aquella vez…

El piso se hizo se llenó de agua, nuevamente llovía a cántaros, sin embargo eran las lágrimas de Ana que caían sin detenerse. Hasta la soledad detuvo su labor y se puso a salvo en un espacio de la cama donde se encontraban padre e hija para evitar mojarse en la nueva laguna. Estaba comenzando a enfadarse, solo quería un poquito de comodidad, era el único precio, enseguida olvidó por completo su reciente enojo

porque sobre las siluetas de los peces que nadaban observó algo.

—¡Mira Ana, esa eres tú! —Sin dejar de abrazar a su padre, movida por una reciente curiosidad, atisbó lo que le indicaba la soledad. Se impresionó un poco, justo como dijo antes, estar solo daba mucho que pensar y sin querer había sido la llave que escondió "la otra Ana" para liberar algunos recuerdos.

—¡Es mi mamá! —dijo en un respiro. La esperaba detrás de la reja del jardín de niños, con unos globos de colores, una cajita con papel regalo y el cabello alborotado, como solía tenerlo. El recuerdo le contó entonces que aquel día era once de mayo, su cumpleaños, así que ella estaba esperándola hace mucho tiempo, porque nadie le avisó que ese día saldrían media hora más tarde. La vio entre tanto infante, casi lloraba, Ana se había dejado poner el uniforme esa mañana, pese a las quejas de su padre de que no vaya al colegio porque era su cumpleaños, la vistió luego de corretearla por toda la casa y la llevó a clases.

El recuerdo se salió del agua, entonces para asombro de ella misma vio a su madre correr hasta donde se encontraban ella y su padre y los abrazó con añoranza.

—¡Ana, feliz cumpleaños!

No tenía lágrimas, todas se habían juntado para crear la laguna de la cual escapó su madre, tampoco tenía voz, lo última de ella se la entregó a su padre para prevenirle sobre "la otra Ana" , así que se soltó de los brazos de su progenitor, tomó un libro del mueble más cercano, "El profeta" , en la última página que se encontraba en blanco escribió:"No soy yo, hay alguien más". Y al terminar el recuerdo de su madre se esfumó, su padre también había abandonado la habitación incluso antes de que ella se zafara de sus brazos.

—¿Qué tal?

—¿Sigues aquí?

—Por supuesto.

Suspiró, comprendió que estaba lúcida, no era difícil pensar, no había interferencias, además el cofre de sus recuerdos estaba abierto. Miró la habitación que había vuelto a la normalidad, la soledad seguía tejiendo. Se preguntó entonces ¿cuándo volveré a estar consciente? Le pareció increíblemente estúpida aquella pregunta, solo una loca preguntaría algo semejante.

Significaban tanto aquellos dos recuerdos, hacía tiempo que no podía evocarlos, sonrió con gratitud a la soledad, sin dejar lo que hacía, ella le

devolvió la sonrisa, eran “gajes del oficio”, no era nuevo la forma en que había decidido agradecerle, no es como si todos sus clientes estuvieran contentos con su visita, mucho menos las veces en que decidía hablar, por ello era cuidadosa con sus palabras, a veces simplemente no decía nada, pero otras se aventuraba alimentada por la incertidumbre de saber ¿Qué sucedería si…?, en esta ocasión las cosas habían seguido un curso normal, se sintió contenta aunque simultáneamente sintió lástima por la chiquilla en la cama, pero que se podía hacer así era la vida…

DanteenMarte: Un momento de inspiración corto trajo a ustedes este capítulo...espero les agrade, Saludos.

Capítulo 6

CAPÍTULO 6:

"El juego del Sexto día"

"Quiero que haya en la tierra toda clase de seres vivos: animales domésticos, animales salvajes, reptiles e insectos». Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza. También les dijo Dios: Hoy les entrego a ustedes toda planta que da semilla…y llegó la mañana. Ése fue el sexto día."

Miró nuevamente su carpeta vacía, eran casi tres días en los cuáles Ana no había pisado la escuela, tenía una extraña sensación que le producía dolor sin poder evitarlo. Se preguntaba ¿Cómo estaría ella? Pese a visitarla seguidamente y sin ningún horario establecido no podía vaticinar su recuperación, sus estados anímicos o sus respuestas, últimamente tan desconcertantes…Ana parecía recordarla luego de que le hablara casi por una hora, lo sabía cuando le sonreía con una vergüenza mal disimulada, probablemente porque en ese instante había recuperado la conciencia y no sabía que decir. A veces estaba como ida, manteniéndose en ese estado por horas o días completos, otros,sin embargo estaba llena de la rabia que tuvo alguna vez con ella cuando se olvidaba de contarle un secreto o cuando le pedía las tareas a último minuto, a veces tan viva, a veces muerta y a veces ausente.

Compartían incluso la enfermedad, Ana dejaba de asistir a clases y ella estaba en clases sin estarlo, los profesores parecían ignorar su estado o probablemente se habían acostumbrado a ella, no lo sabía pero tampoco mostraba preocupación por aquello, nunca vio al señor Mendoza tan angustiado casi como al mismo tiempo derrotado como si supiera una verdad que todos ellos ignoraban y aquello le dolía, porque todo lo relacionado con Ana, su mejor amiga, le importaba.

Esa mañana estuvo en su casa, el panorama no era agradable, el Señor Mendoza intentaba por todos los medios robarle una palabra, pero su amiga simplemente se había quedado absorta en la taza de flores que había sido de su madre, su incierta mirada despertó caos en sus propios sentimientos.

—¡Paula! —Chilló una de sus compañeras de clase, ella apenas y alzó la mirada—¿Se puede saber qué haces? Dije que el amarillo ya no—Ni siquiera se preocupó por emitir una respuesta, simplemente se levanto con paciencia, se dio la vuelta y salió de allí.

A cada paso nacía un pensamiento negro que iba nublando su razón, nunca se había sentido más pesimista que ahora, podría describir un sinnúmero de emociones que la abordaban justo ahora, incluso arrepentimientos baratos de los cuales irónicamente se acordaba justo ahora. Entonces posó su vista al frente, era su puerta, la única que había visitado por casi diez años, porque no conocía más amigos que ella, pues cuando llegó al barrio le daba tanto miedo hablar con las personas de aquella "vecindad perfecta" que se encerraba en su cuarto con la excusa de no haber repasado adecuadamente tal pasaje bíblico y hasta su madre, la que afirmaba conocerla mucho nunca se dio cuenta que era por pánico a salir y no por amor a Dios. Y siempre se sintió feliz de tocar el timbre, sin embargo hoy le pesó el alma caminar hasta el dichoso timbre, en otras ocasiones escuchar su voz en el otro lado de la puerta le daba un vuelvo al corazón, porque su amiga de aventuras bajaba corriendo la escalera al saber que ella estaba allí, no obstante su índice sintió el terror del contacto y el timbre fue un grito de dolor que le crispó la piel.

—Buenas Paula—dijo casi sin aliento el padre de su amiga.

—Buenas—repitió ella y como todos los días que venía sin horario, ni aviso subió la escalera que cada día parecía aumentar un escalón más, para llegar al cuarto donde estaba ella. Así la vio, tendida en la cama de sábanas blancas, que habían tenido que comprar porque Ana no soportaba la anterior que era muy colorina, la odiaba, decía que le dañaba la vista, que las flores eran manchas de sangre y los tallos eran espinas que su papá ponía cada noche para cortar sus piernas.

Ni siquiera la miraba, hoy era un día ausente, se acercó acomodándole los cabellos que tenía en la frente, no hubo respuesta de ningún tipo. Sacó la pequeña biblia que guardaba en su bolsillo, abriéndola sin mirar la página, quiso leer el versículo pero las palabras parecían cambiar de forma, de color e incluso de significado…No veía "Estoy llorando" dijo para sí y no contuvo más las lágrimas que cayeron al llamado de su propia fragilidad. Enseguida habló en tanta incoherencia las verdades más verdaderas de

todo su ser con Ana allí, carente de expresión.

—¿Será que...? —acercó su cabeza hacia su pecho sintiendo alivio al escuchar su corazón latir apagadamente solo para ella. Tuvo una idea, quizás Ana le estuviese hablando desde allí por eso su boca no se había movido ni una sola vez, quizás no. Este era uno de los juegos más difíciles que había jugado con ella desde que eran niñas. Valga decir que Ana ganaba en todos los juegos y ella se limitaba a aplaudir entre contenta y fastidiada, porque a pesar de todo estaba a gusto con ella.

—¿Ana? —preguntó más para ella que para su amiga—Puede ser que estés ganando y yo pierda.? Este apenas es el sexto día. Tal vez te enojes conmigo, pero no quiero por ninguna razón que me ganes este juego…

Capítulo 7

CAPÍTULO 7:

"Conclusión del día”

“Así terminó Dios la creación del cielo y de la tierra y de todo cuanto existe, y el séptimo día descansó. Dios bendijo ese día y lo apartó, para que todos lo adoraran”

Sentí esperanza el séptimo día cuando recibí su llamada, me dijo repentinamente que llevara mis cuadernos para que pudiera ponerse al día, faltar toda una semana antes de culminar clases, no habíamos hecho mucho, solo exámenes, pero ella quería ponerse al día. Ni siquiera terminé la cena, solo oí como mi mamá vociferaba cuando corrí a mi cuarto y empaqué todos los libros de mi estante, algunos chocolates y otras cosas sin utilidad

—¡Me quedo en casa de Ana!

—¡Jovencita, espera un momento!—Paula se detuvo de mala gana en la puerta—¿Y se puede saber a quién le ha pedido permiso? ¿Acaso no existen reglas en esta casa? ¿Qué diría Dios sobre este comportamiento?—pero no podía aguardar ni un segundo más estando en esa casa, a unas puertas estaba ella esperándola, miró detenidamente el rostro enojado de su madre, puso una expresión seria y salió corriendo sin decir nada.

—Por fin alguien valiente en esta casa—murmuró sentado una figura cansada frente al televisor.

—¡Raúl!

Se sentía imparable, no es que fuera largo el camino, pero lo parecía, aterrizó sobre la fachada, dio un respiro en busca de su propia paz mental y nuevamente alzó el dedito índice que pedía a gritos tocar el interruptor, ¡ring! dijo este, pronto una sonrisa adornó su rostro, salió el señor Mendoza, con un humor totalmente distinto al de ayer, eso la emocionó aún más.

—¡Paula! ¿Acaso no está bonito el día? pasa, pasa...—No tenía ni que decírselo, entró corriendo a todo dar y subió las escaleras, que hoy lucían menos tenebrosas, abrió de sopetón la puerta para verla sentada en la cama sonriendo de oreja a oreja, ojerosa y pálida sí, pero tan sonriente como hace una semana antes del iniciado martirio…

—¡Hola tú!—y la voz de la cama le respondió lo mismo, algo tenue pero hubo respuesta. Rebuscó rápidamente en su mochila, se acercó a ella y depositó muchos libros—Traje esto para ti, no sé por donde quieras empezar pero no hay prisa, voy a quedarme contigo hoy.

—¿De verdad?

—Claro, vine corriendo, luego de que me llamaras, ¿estás mejor? ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Me sentí bien hoy, no te preocupes. Paula son muchos libros, creo que sería bueno empezar por historia, creo que la profesora no me quiere—Paula soltó una carcajada e inmediatamente intentó ubicar el libro correspondiente a esa materia. Entonces abrió en una página cualquiera, miró a su amiga y seriamente comenzó a leer, explicando a detalle cada aspecto de lo que leía anexando algunos comentarios del profesor hechos en clase, observaba con nerviosismo a Ana, esperaba encontrar algo que rompiera esta ilusión vivida de estar estudiando, se reprochaba por pensar así, pasaba saliva y procuraba disfrutar el momento. Pasaron así casi veintiún minutos y medio...

—Paula, deja de mirarme tanto, me haces sentir extraña

—Lo lamento, es que estoy feliz

—¿Y eso por qué?

—¿Cómo qué por qué? bueno es que estas bien, hoy si estas hablando y ya tienes ganas de estudiar

—Pero acaso ¿no fuimos al colegio ayer? No creo que me haya perdido de mucho—Paula enmudeció, respiró profundo intentando ordenar sus pensamientos, quizá era otro desvario, intentaba convencerse así misma, ver el lado amable, hoy quiso estudiar, hace días casi no hablaba, entonces estaba mejorando.

—Claro, pero no quiero que te atrases...—Ana sonrió nuevamente, asintió, murmuró tener frío, se arropó con la colcha dejando un espacio para su rostro, al igual que una virgen, una desgreñada y fúnebre virgen—este ¿no tienes hambre? yo me muero de hambre...— ante la negativa de ella sacó los chocolates de su mochila y le ofreció uno.

—No gracias, en serio, estoy bien—Paula se encogió de hombros mientras empezaba a abrir el empaque—¿Te parece si descansamos? tengo sueño—Paula evaluó a su amiga con miedo, luego aceptó. Ana comenzó a tararear una canción desconocida, bastante mal en realidad—Paula ¿y la

señora que siempre viene?

—¿Cuál señora?

—La que se sienta allí, algunas tardes luego del almuerzo, a veces coincide con mamá

—¿Con tu mamá?

—¿Qué otra mamá tengo?—Paula suspiró.

—Está cantando el Pucu-pucu

—¿Quién?—Y volvió a repetir lo mismo, Paula preguntó cuatro veces más a que se refería y la única respuesta que obtenía de su amiga era siempre la misma línea "Está cantando el Pucu-pucu", intentó cambiar el tema, moverla, pero no obtenía una respuesta diferente, pronto se dio cuenta de que tampoco le hacía caso, entonces su corazón se rompió en mil pedazos, Ana estaba en otro mundo, se acercó con temor a la puerta, la abrió despacio y con la poca voz que le quedaba llamó al señor Mendoza.

—"Está cantando el Pucu-pucu"—dijo una vez más Ana, cuando llegó el señor Mendoza. Él se acercó apesadumbrado hasta donde se encontraba su hija, sus ojos marrones se rompieron como cristales, la abrazó con ternura y le respondió…

—Si Anita, está cantando el Pucu-pucu...—Paula se acercó a la cama, como un cachorrito pequeño mirando con atención a su dueño, mientras su amiga repetía lo que parecía el coro de una canción, una y otra vez sin descanso, no pudo evitarlo más, tomó con fuerza las sábanas y lloró, odiaba al Pucu-pucu, a medio mundo, a su mamá, a su papá, incluso a la misma Ana. Sentados los tres, solo escuchando la voz de Ana que, con una melodía fantasmagórica se hacía más tenue a cada segundo para angustia de ambos, despacio, en la habitación, solo podían observarla, sin poder atinar a nada, el señor Mendoza y Paula con un dolor en el pecho que lo ocasionaba la virgen fúnebre que no dejaba de hablar sin explicación alguna…

entonces,

de

pronto

ella

solo

se

detuvo

Así, Dios bendijo ese día y lo apartó

.

.

.